

Ígneo

Capítulo V: Honor

Los cánticos ascendían hacia el techo abovedado de la penumbrosa catacumba. Las voces se unían en un último saludo, en una proclama de bendición y sumisión ante las divinidades, en una especie de súplica.

Los oscuros rincones acogían temblorosos aquellos sonidos, no estaban acostumbrados a que nada perturbara su lóbrego y oscuro sueño. Las pequeñas gotas que caían de todas las paredes llenaban de humedad el ambiente, parecían ensimismadas en aquellas voces y se mecían a su ritmo como llevadas por alguna delirante danza.

Finalmente, los versos se detuvieron. Los pulmones aprovecharon para recuperar aire, aquel aire viciado y corrupto de los subsuelos, pero al fin y al cabo cumplía su cometido. Una voz mucho más clara y autoritaria se alzó entre todas las demás:

- Despedimos a nuestro señor, a nuestro querido líder. Despedimos con lágrimas en los ojos y fuego en el corazón a nuestro amado Emperador. Suplicamos que lo acojáis en vuestros luminosos brazos y lo cuidéis en la otra vida, que sea feliz y no tenga que contemplar nunca más el dolor ni la miseria.
- ¡Te despedimos Emperador!
- Ahora te reunirás con toda tu estirpe que durante siglos ha forjado nuestro orgullo y nos ha permitido vivir bajo la paz y la sabiduría del Imperio. Disfruta ahora, has merecido el más eterno descanso.

“Apenas somos un centenar. Despidiendo al Emperador en una sucia catacumba mientras la ciudad está tomada por los esclavos, no creo que descanse muy en paz” pensaba Intric, comandante del Ejército Imperial y actual líder de la pequeña y débil resistencia de los imperiales dentro de las murallas de la ciudad. No podía sentir nada más en su interior que odio y dolor, no podía concentrarse en los cánticos y en honrar al Emperador en su última despedida.

Hacía apenas unas semanas todo parecía tan normal y ahora había cambiado drásticamente. El Día de la Revuelta no podía creer lo que veían sus ojos: los esclavos levantándose, atacando a sus amos y haciéndose con el poder. Cuando recibió la noticia de la muerte del Emperador trató de negarlo por todas las formas posibles, pero fue imposible, la noticia corrió como la espuma. Todos los fieles al Imperio vieron como sus esperanzas caían: la familia imperial había sido brutalmente asesinada, los Guardias Dorados masacrados y perseguidos, los esclavos ocupando plazas y palacios, los mercaderes haciéndose con el control del Puerto y negándose a cualquier tipo de autoridad. Incluso el Gremio se había sublevado en el sur de la ciudad, y contaba con más poder que los imperiales.

Y ahora, tras semanas de su muerte, le había podido officiar un pequeño funeral a su Emperador: apenas un sacerdote, cuando en la muerte del anterior emperador había habido más de mil. Ningún tipo de ofrenda cuando en los anteriores se podían ver tesoros traídos de todos los rincones del mundo. Si su muerte había sido humillante su funeral parecía estar siguiendo la misma línea.

Prácticamente solo había soldados en la sala: miembros del Ejército Imperial y algún Guardia Dorada suelto. Algunos parecían al borde de las lágrimas, pero otros parecían más de acuerdo en el estado de ánimo de Intric: llenos de furia.

Los restos del Ejército Imperial estaban allí y la comandante no podía sentir más vergüenza. Era cierto que en la ciudad el Ejército no contaba con mucho poder, el emperador había delegado casi todo el control de la seguridad, incluida la suya propia en la Guardia Dorada mientras que el Ejército Imperial guardaba las puertas con la supervisión de esta y poseía un campamento permanente a unos kilómetros de la capital.

Cuando se produjo el alzamiento Intric estaba de pura casualidad con sus hombres, apenas unas docenas, salvaguardando una parte de la enorme muralla. Fue toda una sorpresa cuando de repente oyeron los gritos por todos lados. No pudieron hacer nada más que intentar salvarse de la marea de esclavos que atacaban a soldados y ciudadanos por igual. Muchos de sus hombres cayeron en ese momento y no pudo hacer nada por ello, aun consigue recordar sus caras de pánico al ser atrapados. No dudaba de que ya estaban todos muertos.

Apenas sobrevivieron unas pocos. Intric se encontró en ese momento de la mayor responsabilidad de su vida y no sabía que hacer: ocultos en los callejones, sin parar de moverse por el miedo a que los encontraran y a cada momento con el pulso acelerado. No sabía que estaba sucediendo. Solo podía fijarse en que todo parecía un infierno, un alzamiento: una revolución.

Entonces llegaron los primeros rumores. El Emperador había muerto. Había sido asesinado. La familia imperial al completo estaba siendo destruida, en un primer momento no le hizo caso, pero comenzaron a hacerse tan habituales, tan fuertes que no podía ignorarlos.

Muchos de sus hombres perdieron el ánimo al enterarse. Luego llegaron las siguientes noticias: los esclavos se habían alzado, controlaban gran parte de la ciudad, la resistencia del Puerto, la comandante ni siquiera trató de acercarse allí: los comerciantes habían estado ansiosos por ver caer al poder político y hacerse con el control económico y social, no les apoyarían.

Se encontraron abandonados, perdidos, y desamparados. Sin embargo, eran soldados, no unas pobres almas en pena dedicadas a quejarse y llorar.

Intric organizó cuidadosamente sus movimientos, aprovechando que la zona sur de la ciudad estaba mucho menos controlada y sabiendo de la existencia de lugares abandonados consiguió llegar hasta el Bastión del Silencio, un antiguo fuerte de protección de la ciudad, completamente obsoleto y abandonado durante casi un siglo. Y allí es donde se instaló con los soldados.

Consiguió hacer correr la voz y más supervivientes y aliados del Imperio se unieron a ella y a sus soldados: ahora eran casi doscientos entre las desvencijadas ruinas de aquel monumento del pasado. Un número bastante ridículo comparado con los cientos de miles de esclavos de la ciudad.

Los soldados estaban muy orgullosos de que aquel pequeño pedazo estuviera bajo su control y se enorgullecían de haber conseguido alejar a los esclavos su bastión, pero la comandante sabía la verdad: los esclavos simplemente no les habían prestado atención, les veían como simples hormigas reclusas que no podían hacer ningún daño. Y en parte tenían razón.

Por ahora.

El funeral terminó con un último cántico, Intric no tardó en salir del lúgubre subterráneo y subir por las escaleras para respirar un poco de aire puro.

Al instante su ayudante personal Treana llegó con los informes del día:

- ¡Comandante! – dijo mientras realizaba un complicado y artificioso saludo militar.
- Di – mientras con un gesto trataba de eliminar ese tradicional y anticuada forma de dirigirse a un superior.
- Hemos recibido mensajes de las otras zonas bajo control imperial. Hoy mismo han llegado los últimos mensajeros trayendo las noticias – dijo lentamente.
- ¿Y bien? Treana, no tengo todo el día, acabo de salir del funeral de nuestro Emperador, como comprenderás no estoy de humor para que tardes tanto en hablar.

La ayudante no tardó mucho es comenzar a hablar tan rápido que a apenas se la entendía. Pero eso era preferible pensó Intric:

- En total somos cuatro zonas las que estamos controladas por las fuerzas imperiales: dos plazas al este, apenas controladas por unas decenas de soldados en cada una, un pequeño cuartel junto a la muralla del sur y nosotros, el Bastión del Silencio.

La comandante asintió. Resultaba mucho más ridículo cuando escuchaba todo eso de boca de otra persona:

- El cuartel no parece que estén muy seguros así que han solicitado poder trasladarse hasta aquí con sus provisiones. Dicen que están demasiado cerca del Gremio. Imploran por venir aquí.
- Está bien, que se trasladen lo más rápido posible. Las calles son peligrosas, que tengan mucho cuidado y no llamen la atención – la comandante suspiró, otro territorio perdido y sin ni siquiera presentar batalla. – ¿No nos ha respondido nadie del Centro, o del Puerto, o incluso del Distrito Arcano?
- El Centro está bajo completo control de los esclavos, han hecho ejecuciones masivas de nobles y ricos, los Guardias Dorados son cazados y expuestos como trofeos en las esquinas. No parece muy probable que encontremos aliados allí.
- ¿Y los otros dos sitios?
- El Puerto ha dicho que ellos asumen el orden de la ciudad y que nos pongamos bajo sus órdenes. El Distrito Arcano directamente no ha respondido, aunque dudo que nuestro mensajero haya podido llegar hasta allí.
- ¿El Puerto ha dicho que nos pongamos a sus órdenes? ¿Ha dicho algo del Imperio o del Emperador?
- Solo han dicho que son los herederos directos del legado el Emperador y los únicos que pueden salvaguardar el orden de la ciudad.
- ¡¿Qué son los herederos de quién?! Por encima de mi cadáver vendrán esos chupasangres sin alma a darme órdenes. Son los causantes de la decadencia del Imperio con sus artimañas y su deshonor.
- Parece que estamos abandonados mi comandante.

- Pues si el mundo nos lo pone más difícil tendremos que luchar un poco más.

Se dirigió al pequeño torreón que dominaba el bastión y antes de que su ayudante la siguiera como un perro disciplinado, se escabulló en uno de los intriguados y oscuros pasillos. Continuó subiendo por escaleras cubiertas de polvo y escombros hasta que llegó a la parte superior. Allí un par de soldados ejercían de centinelas.

Androl se extendía a su alrededor, tan basta, tan grande que apenas podía abarcarla con la vista. Si se esforzaba a los lejos podía distinguir el azul del mar y las velas de los barcos junto al puerto. Algunas torres se elevaban orgullosas, como tratando de competir con el cielo, mostrándole las bellezas de la ciudad imperial al Sol y la Luna.

Pero tenía cicatrices que recorrían su rostro: las enormes columnas de humo se elevaban desde los incendios que arrasaban amplias zonas y nadie podía controlar y tampoco se preocupaba de ello. El olor de los miles de cadáveres en descomposición a veces le llegaba en ráfagas, como un pequeño regalo que la brisa entregaba.

Y los ruidos también podían escucharse. Apenas unas calles más allá podía escuchar gritos: tal vez fuera una niña pidiendo socorro y no acudía a su rescate, o puede que hubiese sucedido un hundimiento de una casa y la gente llorara desconsolada. O simplemente se trataban de unos borrachos celebrando algún tipo de fiesta.

En eso se había convertido la hermosa Ciudad Imperial, la orgullosa Androl, capital del mayor y más poderoso territorio del mundo. En apenas un juguete que luchaban por su control como niños egoístas y sin sentimientos. Y ella simplemente tenía que estar mirando aquello, sin tener ningún tipo de capacidad de decidir sobre lo que acontecía.

Miró hacia el Sur. Hacia la enorme muralla donde acababa la ciudad. Más allá tal vez estuviera la esperanza. Por lo menos es lo que necesitaba para su malogrado ánimo.

- ¡Comandante! ¿Cree que tenemos alguna oportunidad de recuperar la ciudad? - preguntó uno de los vigías.

Esa condenada pregunta. Se la hacían a cada segundo. Como si ella tuviera la más mínima idea de lo que iba a suceder. Como si pudiera contarles que era mucho más probable que el emperador resucitará y les comandara hacia la victoria que de sobrevivir otro día más. Notaba que poco a poco sus soldados perdían el ánimo. Que no veían su función. Y ella no podía menos que responder:

- Por supuesto soldado. Es cuestión de tiempo que consigamos que nuestros planes se cumplan.
- Pero somos tan pocos...
- Son esclavos contra lo que nos enfrentamos. Salvajes. Incivilizados. ¿Cuánto crees que tardarán en empezar a matarse entre ellos por alguna baratija? No son capaces de organizarse.

Además, acordaos del mito de Hentren, el primer soldado del Imperio, y como derrotó a mil enemigos con su honor y lealtad al emperador.

Siempre funcionaba aquella maldita historia. Los soldados al instante se relajaron y continuaron con sus labores sin protestar. Hentren siempre acudía en su ayuda cuando lo necesitaba.

Pero parecía que ni siquiera con la ayuda de aquel héroe mitológico podrían conseguir la monumental presión que se les venía encima. La comandante sabía que era cuestión de tiempo que los esclavos los atacaran, tal vez en unos pocos días o semanas con un poco de suerte: pero su destino era inevitable, morirían ante la inferioridad numérica.

Sin embargo, la comandante no estaba dispuesta a rendirse tan rápido. Tal vez la ciudad hubiera caído y el Emperador y toda su dinastía hubiesen muerto. Pero algo era innegable, por sus venas continuaba sintiendo aquel fuego como la primera vez que escuchó el himno del Imperio cuando apenas era una niña, todavía su corazón palpitaba más rápido cuando veía una de las estatuas de la gloria del Ejército. Aún continuaba suplicando a los dioses por el Imperio. Y Androl seguía siendo una ciudad del Imperio.

La comandante bajó de la torre y se dirigió a la sala de mando, si se podía denominar así a un pequeño cuarto que probablemente en otro tiempo hubiese servido para llenarlo de escobas, pero de todos los del edificio era el único que parecía lo suficientemente sólido como para no temer por la vida a cada instante.

Allí estaba Treana esperando, junto con los principales capitanes: Golbio y Manred. Parecían observar fijamente un mapa de la ciudad que estaba dibujado con detalle en un pergamino que se apoyaba sobre una desvencijada mesa.

- ¿Les has informado Treana? – preguntó en tono autoritario la comandante.
- Nos ha contado sobre los que van a venir – inquirió Manred, su aspecto físico pequeño y delicado no acompañaban con el mal humor que solía llevar a todos lados como otro rasgo más de su cuerpo – Abandonar el cuartel, una de las pocas posiciones que controlamos.
- Seamos realistas Manred, sabes tan bien como yo que la palabra control no es la más adecuada, más bien que nos dejan habitar allí por un tiempo. Les he ordenado que vengán porque no merecen unas muertes estúpidas por salvaguardar un viejo cuartel, el cual no tiene interés ninguno.
- Cambiemos de tema – dijo Golbio, mostrando su carácter mucho más pacífico que su compañero - ¿Cómo están los preparativos del plan?
- Avanzan a buen ritmo. Es posible que para dentro de un par de días podamos llevarlo a cabo.
- ¿Has recibido contestación?
- Aún no, pero con toda seguridad llegará a lo largo de hoy o de mañana. Preparad a los hombres tienen que estar listos para entrar en combate en cualquier momento. Que se encuentren todos descansados y con el ánimo alto.

Los presentes asistieron y sin mediar palabra se retiraron. Treana pareció querer decir algo, pero Intric la retiró con un gesto.

La comandante se volvió para observar el mapa. Se fijó en un punto. En sus esperanzas. En la última oportunidad que les quedaba: la Puerta Sur.

La Puerta Sur era el principal punto de entrada de la ciudad, superando en tamaño a cualquiera de las otras, se decía que era tan ancha que podían cruzarla al mismo tiempo hasta diez carros de caballos sin temor a que se rozaran. Atravesaba por completo la enorme muralla de Androl y desembocaba en una de las grandes avenidas de la ciudad. Era clave a la hora de controlar la ciudad.

Sin embargo, tras la revolución, todas las puertas habían sido cerradas y no se habían vuelto a abrir, dejando a la ciudad casi completamente aislada, sin posibilidad de recibir ayuda del exterior. Y eso es precisamente lo que quería la comandante.

El Ejército Imperial poseía un destacamento muy importante a unos pocos kilómetros de la ciudad, encargado de su protección frente a cualquier situación crítica. De hecho, ese destacamento era el origen de la comandante y el día de la revolución se encontraba en la ciudad por pura casualidad de patrulla rutinaria.

Intric tenía un plan sencillo pero difícil de realizar: abrir la Puerta Sur para que el Ejército entrara y asumiera el control de la ciudad, restaurando la paz del Imperio y nombrando a un sucesor digno del Emperador.

¿Por qué la Puerta Sur y no cualquiera de las otras? La Puerta Sur poseía dos características principales, la primera es que era la más grande y accesible de todas, por lo que los soldados podrían llegar rápidamente. La segunda y más importante: cuando se produjo la revuelta, las puertas de la ciudad fueron el objetivo de los esclavos, si las cerraban conseguirían que no se recibiera ayuda de fuera y obtendrían más oportunidades de éxito. Lo consiguieron en todas menos en la Puerta Sur que se les adelantaron.

El Gremio rápidamente se lanzó al ataque y conquistó la Puerta, haciéndose con su control y cerrándola en un claro apoyo a los esclavos. Ahora controlaban el principal acceso a la ciudad y lo tenían permanentemente cerrado según los designios de los esclavos.

Llevaba desde hacía varias semanas ideando su plan, consiguiendo mapas e información sobre el Gremio y construyendo la estrategia con todos los detalles. Pero las noticias no eran muy alentadoras: les superaban en número, estaban mejor provisionados, armados y tenían una férrea defensa bastante complicada de superar.

Para colmo de todos esos problemas sus mensajes hacia el Ejército no habían sido respondidos y le resultaba imposible realizar cualquier tipo de ofensiva sin saber que los imperiales estarían en la puerta cuando la abriera.

Su plan no era conocido por muchos dentro del Bastión del Silencio, dado que era bastante evidente que tenía que mantenerse en secreto por los posibles problemas que eso podría ocasionar. Pero uno de sus principales opositores era Manred, que cuestionaba todas sus decisiones continuamente, aunque en su favor podía decir que era un buen soldado, pero la sacaba de sus casillas.

Cogió aire lentamente y se sirvió un vaso de agua mientras continuaba observando el mapa lleno de anotaciones. Pero ya nada más podía hacer para tratar de mejorar su plan: necesitaba urgentemente la contestación del Ejército Imperial.

Parecía que alguno de sus plegarias hacia los dioses hubiese surgido efecto porque se escucharon unos débiles golpes en la puerta.

- ¡Adelante! – dijo irritada Intric.
- Comandante, acaba de llegar un mensaje de fuera de la ciudad. Es del Ejército – dijo cautelosamente Trena mientras entraba en la habitación con un papel en la mano.

La comandante se lanzó rápidamente hacia ella y le arrebató el sobre con un movimiento impulsivo.

- ¿Cómo ha llegado? ¿Hace cuánto? -preguntó de forma nerviosa.
- Hace apenas unos minutos, nada más recibirla he venido a entregársela. Ha venido tal y como se la mandamos, con una paloma.
- ¿Tenía algún signo de haber sido abierta?
- No, está perfectamente cerrada y conserva el sello íntegro, con el símbolo del Ejército.
- Está bien, déjame a solas para leerla.

Treana hizo una pequeña reverencia con la cabeza antes de retirarse cerrando lentamente la puerta.

La comandante no tardó apenas medio segundo en rasgar compulsivamente el sobre y coger el papel escrito. Era suave y bastante fino. Pero tenía bastante escrito con una letra puntiaguda, la reconoció al instante, se trataba de uno de sus amigos en el Ejército:

“Estimada Intric:

No sé cómo decirte esto, pero al recibir tu mensaje no he podido nada más que sentir tu amor y el de tus hombres por el Imperio y el Ejército. Pero no tengo buenas noticias que darte. Tal vez no lo sepáis dentro de la ciudad, pero el caos se ha extendido por todo lo largo del Imperio. Comenzaré a relatarte todo desde el principio.

El día de la Caída (como ha empezado a ser conocido), empezaron a llegar rumores de que el Emperador había sido asesinado y la sublevación de los esclavos en Androl. En un principio no eran más que rumores, pero al día siguiente las confirmaciones llegaron por decenas y se extendieron rápidamente por todo el Imperio. La gente corría de una casa a otra para transmitir la noticia y todo era extremadamente confuso. Posteriormente nos enteramos de que toda la familia imperial había muerto. Las noticias circulaban como el fuego por el Imperio. Y parecía que solo se necesitaba esa chispa para que todo estallara.

Las provincias del Norte fueron las primeras. Apenas unos días de la muerte del Emperador se sublevaron y declararon su independencia, y la guerra contra el Imperio. Todas las provincias y los líderes de las ciudades comenzaron a sublevarse sin que los destacamentos militares pudieran contenerlos. Ganaban la guerra sin que ni siquiera hubiese habido ninguna batalla. No era de extrañar ya que esa división y confusión también se extendió por el Ejército. Los distintos generales se declararon líderes del Imperio y comenzaron a luchar entre ellos y a disputarse pedazos de tierras y ciudades, destrozándose mientras tanto.

Nuestro destacamento fue igual o parecido, en un primer momento se planteó ir hasta Androl para poner orden, pero las luchas internas no pararon de surgir y las ciudades cercanas se revelaron. Cada uno de los generales se ha ido a un sitio distinto. Hemos vivido más de diez batallas distintas que han mermado nuestros hombres y solo somos ahora apenas un centenar que aguantamos en el campamento. Pero sinceramente no tardaremos en desmantelarlo y tratar cada uno de volver a nuestros hogares.

El Imperio ha caído Intric. Probablemente esto no haya sido la consecuencia si no el desencadenante de lo que llevamos viendo durante años: las luchas internas, el poder de

las provincias, como cada vez el Emperador poseía menos influencia. Pero nunca me imaginaría que nosotros veíamos como todo lo que se había construido ardía ante nuestras narices. Como siglos de historia se escapaban entre nuestros dedos sin que podamos hacer nada para evitarlo.

Intric, voy a serte sincero. El destino de Androl corre a su suerte. Nadie va a poder ayudaros desde fuera: los ejércitos están librando sus propias batallas. No puedo más que sentir tu desesperación.

Intentad huir de allí. Y si no es posible. Tratad de sobrevivir.

Os deseo la mayor de las suertes a ti y tus hombres.

Hasta siempre y por la gloria del Imperio”

Intric sintió por un momento lo pequeña que era. Lo insignificante que era su vida. Apenas importaba ya en el mundo. Estaban abandonados.

Trató de contener a duras penas el grito de dolor que trataba de salir de su garganta. Luchó con todas las fuerzas posibles para que las lágrimas no se atrevieran a salir por sus ojos. Por lo menos ganó aquella batalla.

Estaban completamente a la intemperie. Sin que nadie los protegiera. Sin que nadie se molestara siquiera de comprobar su existencia.

Y de repente sintió la verdadera responsabilidad de la vida de sus soldados. Cada uno de ellos dependía exclusivamente de ella y de las decisiones que tomara a partir de aquel momento. A partir de ahora era la máxima autoridad. La líder de la resistencia imperial dentro de los muros de la capital del Imperio.

“¿Qué Imperio?” pensó la comandante. Nada de eso quedaba ahora. Nada de las antiguas historias, de la gloria que antaño habían empuñado para forjar el mayor territorio unido del mundo. Y todo por aquellos sucios esclavos. Nadie habría pensado que aquella escoria humana hubiese podido asestar la puñalada final al Imperio. Pero lo habían hecho y parecían estar regodeándose de ello.

No sabía qué hacer. Se sentía como una persona sin propósito. Su fe en todo lo que había creído se desvanecía por segundos: llevaba toda su vida dedicada al Ejército para que ahora se diera cuenta de que no eran más que un grupo de viejos con demasiada ansia de poder que como buitres se habían lanzado contra una víctima agonizante.

¿Qué debía hacer?

Si se lo contaba a los hombres sabía que perderían toda la esperanza. Ni las historias sobre Hentren, el primer soldado del Imperio, conseguirían ayudarlos. Probablemente muchos se irían, pero ¿a dónde? Los esclavos los empalarían en las plazas públicas, los mercaderes los utilizarían como carne para sus batallas.

Muerte. Mirara hacia donde mirara parecía que a su alrededor solo se veía muerte.

Por casualidad su mirada se posó en una de las banderas que descansaban sobre la pared. Aun se acordaba cuando había jurado su fidelidad bajo una igual a aquella: “Gloria y honor al Imperio por el resto de los días”.

- Gloria y honor al Imperio por el resto de los días – pronunció lentamente.

Sí. Tal vez allí estuviera la solución. Tal vez honor y gloria era la respuesta que estaba esperando desde siempre. Convertirse en un héroe de las historias contadas en el camino. Eternamente vivos en las palabras de la gente.

Nadie sabía lo que ella acababa de leer. Y no tendrían por qué saberlo. Continuarían con el plan, sin que hubiese la más mínima modificación. Lucharían una última batalla y la historia los recordaría como los últimos fieles del Imperio. Se llenarían de gloria. Les concedería a sus hombres el honor de pasar a los libros. De convertirse en un Hentren.

No se le podía ocurrir mejor final que este. Irían a la batalla con la esperanza en el corazón y las venas vibrando frente al fragor de la batalla. Un soldado debe morir combatiendo. Ella les proporcionaría un final adecuado.

Quemó la carta en la chimenea. Nadie se enteraría de su contenido.

Les esperaba la gloria eterna de los dioses.

Salió al patio y observó cómo un grupo de sus hombres se entrenaban duramente: gritaban y se golpeaban con furia, siempre dispuestos a un segundo asalto. Y cuando los vio supo que estaba en lo correcto, que les debía ese épico final.

Treana se acercó a la comandante con cuidado. La notaba más irritada de lo normal y no quería desencadenar su furia.

- Mi comandante ¿eran buenas noticias?

Intric se giró y miró directamente a su ayudante. Apenas pudo disimular su cara de angustia, pero logró articular una media sonrisa:

- Muy buenas, el plan marcha tal y como lo tenemos previsto. Organiza a los soldados, dentro de dos días llevaremos a cabo el ataque. No dejes que circule mucho el rumor. Tiene que ser un ataque sorpresa.
- Entendido, avisaré a Golbio y Manred para que esté todo listo.

Treana se marchó rápidamente y la comandante se quedó mirando los entrenamientos bajo la luz cada vez más baja del sol.

Aquella noche no pudo soñar en nada más que en sangre y gritos. Únicamente eso, alternándose, mezclándose en un baile vicioso y corrompido. Aturdiendo sus sentidos y confundiéndola sin que nadie pudiera decirle que era lo que sucedía. Hasta que no despertó al día siguiente sus nervios no se calmaron y comenzó a recuperarse de las agitaciones nocturnas.

Ese día estuvo lleno de preparativos. Los soldados corrían de un lado para otro, desempolvaban sus armas y sacaban brillo a sus armaduras. Si hubiesen tenido caballos habrían sido adecentados y tranquilizados, pero no era el caso. Las provisiones disminuyeron sustancialmente, ya que se aumentó al doble las raciones, de todos modos, probablemente al día siguiente todos morirían.

Porque Intric era realista. Sabía que las probabilidades de victoria eran casi nulas. Golbio y Treana conservaban la esperanza, pensaban que si lográbamos abrir la puerta

rápidamente el apoyo del Ejército les ayudaría. Pero la comandante sabía la verdad, aunque consiguieran superar las barreras del Gremio y alzar la puerta lo que se encontrarían allí no sería más que un camino completamente vacío. Y entonces serían aplastados.

Continuaron con los preparativos. Muchos de los soldados estaban de muy buen humor de recuperar sus tareas, listos y ansiosos por volver al combate. Estaban decididos a acabar con los enemigos del Imperio.

Solamente Manred parecía ajeno a aquel clima de felicidad que parecía estar imperando en el aire del Bastión:

- ¿Soy el único que se da cuenta de la dificultad de esta misión? - preguntó en una de las frecuentes reuniones para determinar los detalles.
- Por supuesto que no – contestó la comandante. - Los hombres únicamente han recuperado su humor después de estar tanto tiempo encerrados.
- Esta mañana han llegado los destacamentos del cuartel y de las plazas. ¿Significa eso que hemos abandonado todas nuestras posiciones estratégicas? ¿Solo tenemos el Bastión del Silencio?
- Exactamente Manred – contestó suavemente Intric. - Sé que vas a indignarte, pero seamos completamente sinceros. La misión a la que nos enfrentamos es muy compleja y somos superados en número. Cuantos más hombres mejor. Con los refuerzos apenas superamos los trescientos frente a los más de dos mil hombres que estimamos que tiene el Gremio. No va a ser una misión sencilla. Perder unas plazas abandonadas no supone el mayor problema. Cuando el Ejército entre las recuperaremos y no te preocupes que te encargaré de su salvaguarda ya que parece interesado.

Treana guardó una pequeña risita mientras Manred trataba de ocultar su orgullo herido.

- Entonces tenemos que avanzar en formación hasta llegar a la puerta ¿no? – volvió a preguntar por séptima vez Golbio.
- Sí – volvió a contestar con las mismas palabras. - Avanzaremos rápidamente en formación de defensa, contamos con dos puntos a favor: el primero es la sorpresa, no esperarán un ataque de este tipo, y el segundo es nuestra mayor experiencia militar. No podemos olvidar que son apenas unos grupos de labradores con azadas poco experimentados.
Llegaremos rápidamente hasta las inmediaciones de la puerta. Allí nos costará bastante poco activar la apertura de la puerta, es un sistema de ingeniería diseñado por alquimistas y no tendremos que hacer prácticamente ningún esfuerzo.

Los asistentes a la reunión asintieron.

- Tenemos entonces que tener todo preparado para mañana. El ataque comenzará sobre el mediodía. Conseguiremos restaurar la gloria del Imperio.

La segunda noche las pesadillas fueron más intensas, aunque esta vez solo pudo sentir que estaba a oscuras mientras sus hombres suplicaban por su ayuda. Pero sus labios estaban cosidos y no podía responderles y únicamente podía esperar mientras una a una las voces se iban a apagando lentamente.

El día había llegado por fin. Obtendrían su gloria.

Los preparativos fueron rápidos y sencillos, con una diligencia y orden militar digno del Ejército Imperial en sus mejores momentos. Intric no podía estar más orgullosa de que esa fuera la última batalla que iba a librar el Imperio.

Avanzaron por las calles en una columna compacta, abandonando sin ningún tipo de vigilancia el Bastión del Silencio, su único refugio durante los últimos días, que volvió a recuperar por completo su nombre y volvió al sueño en el que llevaba sumido los últimos siglos. Parecía impresionante como en tan poco tiempo había sentido que era su hogar, su protección frente al mundo y ahora lo abandonaban y se sentía desprotegida y temblorosa.

La columna avanzaba a paso militar por las estrechas callejuelas. A su paso, las puertas se cerraban y la poca gente que había por las calles corría a ocultarse rápidamente. La comandante junto con Treana, Golbio y Manred caminaban en el centro de la columna, vigilando sin descanso las ventanas que les observaban desde todos los ángulos posibles.

Cuando llegaron a las inmediaciones de la Puerta Sur, tras casi una hora de marcha, los edificios se despejaron para formar un enorme claro: la plaza donde el Gremio tenía su sede. Al fondo podía adivinarse la figura de la puerta.

- ¡Avanzad en orden! ¡No os separéis! ¡Matad a cualquiera a la vista!

La columna comenzó a avanzar rápidamente, arrasando a su paso estantes y tiendas, y ante la sorpresa del Gremio que parecían no saber cómo organizarse: los pocos que se atrevían a hacerles frente eran rápidamente eliminados.

Pero cuando ya llevaban casi medio camino resultó obvio que no iba a resultar tan fácil. Delante suyo se encontraba una brigada de caballos enemigos. Apenas hubo tiempo de organizarse, impactaron contra la columna y la disgregaron, al mismo tiempo una lluvia de flechas les comenzó a golpear desde lo alto de la muralla.

- ¡Resistid! - gritó con todas sus fuerzas la comandante- ¡Avanzad hacia la puerta!

Pero ya nadie la escuchaba. El fragor de la batalla se había desencadenado sin que nadie pudiera detenerlo. La organización había caído y ahora el caos era completo y absoluto: allí donde mirara podía encontrarse a sus soldados luchando contra los miembros del Gremio. Cada pocos minutos una nueva lluvia de flechas les atacaba y perdían otra decena de hombres.

Las espadas cortaban los gritos y la sangre teñía las capas, los caballos con las crines llenas de fuego avanzaban encolerizados, destrozando los huesos a su paso. Intric no tardó en entrar en batalla, cuando atravesó con su espada las entrañas del primer enemigo no pudo hacer más que sonreír. Allí era donde se sentía auténticamente viva.

Continuaron luchando y avanzando palmo a palmo. Cada metro que ganaban estaba regado con el sudor, lágrimas y sobre todo la vida de sus soldados, que empezaban a caer rápidamente ante la superioridad numérica. Además, los guerreros del Gremio parecían no tener fin, cada vez había más y era imposible contenerlos.

Cuando apenas quedaban una decena de metros para llegar hasta la puerta, las flechas ya eran tan abundantes que nadie estaba a salvo de ellas. De repente oyó un silbido y una de ellas atravesó su muslo derecho. El dolor era tan agudo que solamente quería retorcerse en el suelo. Pero al escuchar un chillido a su lado no pudo hacer otra cosa que girar la cabeza.

Golbio yacía atravesado por más de veinte flechas, tratando de articular sus últimas palabras, pero únicamente de sus labios salían borbotones de sangre. Manred intentaba desesperadamente contener sus heridas, pero sabía que era demasiado tarde. Apenas unos segundos después la vida del capitán había desaparecido.

Otro grito, esta vez algo más lejano atrajo su atención: un enemigo golpeó salvajemente la cabeza de Treana, que cayó al suelo, sin moverse. Intric se lanzó furiosa y le atravesó el cuello al miembro del Gremio antes de que pudiera atreverse a pensar en atacar.

Apenas quedaban unos pocos tratando de avanzar hasta la puerta. Saltando sobre los cadáveres. Luchando más allá de todas las fuerzas posibles de sus cuerpos.

Pero, sorprendentemente consiguieron llegar hasta las inmediaciones de la puerta. A pesar de la dura batalla habían conseguido rozar su objetivo. Apenas quedaban una docena, como tristes muñecos de lo que habían sido: cansados, llenos de heridas y esforzándose por mantenerse en pie.

- ¡Estamos aquí! – gritó Manred hacia la puerta - ¡Estamos aquí! ¡Vamos a abrirla!

Pero al instante notó que algo raro sucedía. A su alrededor la batalla había cesado momentáneamente, todos estaban de pie en el mar de cadáveres. Bajo el intenso silencio.

Manred volvió a gritar, pero nada le contestó.

- ¿Por qué no contesta nadie a través de la puerta? ¡Hay un ejército entero detrás!

Entonces se giró para encontrar una explicación en el rostro de la comandante. Y la encontró al observar su cara:

- ¡Intric! ¡¿Qué está sucediendo?! – gritó llevado por la furia – Nadie contesta.

La comandante no pudo hacer más que confesar, derramándose su verdad como un jarro de agua fría sobre los pocos soldados que aún vivían:

- No hay nadie allí.
- ¡¿Cómo?!
- No hay nadie. Nunca lo iba a haber habido. Os mentí. El Imperio ha caído, estamos abandonados.
- ¿Por qué? ¿Por qué has hecho esto? – preguntó casi sin palabras y con una mirada de horror el capitán.
- Por la gloria.

No hubo más que silencio. Silencio mientras los soldados miraban a su alrededor. Mientras lloraban cuando hacía unos instantes estaban dispuestos a morir. Silencio mientras Manred llevado completamente por la ira se lanzaba contra Intric con la espada en mano.

Silencio que solamente se quebró cuando el silbido de la espada de la comandante atravesaba el cuello del capitán y gorgoteos llenos de sangre mientras moría rápidamente.

Silencio mientras la lluvia de flechas volvía a surcar el cielo. Mientras atravesaban los cuerpos de los soldados.

Sintió sus pulmones arder atravesados por cientos de flechas. En vano trato de coger una bocanada de aire ya que lo único que pudo hacer fue respirar su propia sangre.

Silencio mientras los últimos imperiales desaparecían del mundo.